

## JUAN ÁLVAREZ, UN ITINERARIO HISTORIOGRÁFICO

Fernando J. Devoto<sup>1</sup>

*A la memoria de Oscar Terán*

### Resumen

La obra de Juan Álvarez se recorta con nitidez en el contexto de la historiografía argentina de las primeras décadas del siglo XX. Este abogado de formación se aproximó a la historia desde un autodidactismo común a los estudiosos argentinos de su tiempo pero mostró una notable capacidad para proponer una lectura innovadora de la historia argentina que recuperaba numerosos motivos de las ciencias sociales. Sus enfoques pueden ponerse en paralelo con algunas de las más innovadoras miradas en su época en otros contextos europeos y norteamericanos. El artículo explora esos enfoques atendiendo a sus transformaciones a lo largo del tiempo, las que implicaban el pasaje desde una lectura más optimista a otra más pesimista sobre el pasado argentino y desde una mirada más formalizada y modelizante a otra más cercana a las premisas de un enfoque idiográfico.

**Palabras clave:** Juan Álvarez, Historiografía, Historia económica, Argentina

### Abstract

Juan Alvarez's writings stand neatly out in the context of Argentine historiography in the early 20<sup>th</sup> century. Lawyer by education, he approached history through self-teaching as did many Argentine scholars of his time, but had a remarkable ability to propose an innovative reading of Argentine history including many issues from the social sciences. His approaches paralleled some of the most innovative regards of the times in European and American contexts. This article explores Alvarez's approaches and their changes over time, as they evolved from a rather optimistic view of the Argentine past to a more pessimistic one, and from a formalized and modelizing look to another one which was closer to the premises of an idiographic approach.

**Key words:** Juan Álvarez, Historiography, Economic history, Argentina

---

<sup>1</sup> UBA, Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani", 25 de Mayo 221, 2º piso, Ciudad de Buenos Aires (1002). E-mail: fdevoto@fibertel.com.ar

A partir de 1878, momento en el que José María Ramos Mejía publicó la primera parte de su “*Neurosis de los hombres célebres en la historia argentina*”, un conjunto de personas se interesó por brindar nuevas lecturas del pasado argentino que tomaban clara distancia de los relatos que iban formulando los precursores de un estudio sistemático del mismo, en especial Bartolomé Mitre y Vicente Fidel López. Seguramente, aquella obra de Ramos era bastante precoz y habría que esperar a fines de la década de 1880 y en especial a fines de la sucesiva para que las nuevas lecturas se expandiesen. Con todo, cualquiera sea la cronología que se proponga es indudable que en el tránsito entre los siglos XIX y XX se impuso, aunque fuese bastante fugazmente, una nueva forma de hacer historia. Los nombres de los dos Ramos Mejía, de Ernesto Quesada, de Juan Agustín García, de Rodolfo Rivarola, de José Ingenieros y de Juan Álvarez, por citar solamente a los que brindaron obras más acabadas, están allí para mostrarlo. Desde luego existen muchas diferencias entre ellos -y aún al interior de cada uno- en una producción que, en algunos casos, se dilató extensamente en el tiempo. Sin embargo, a todos ellos los unía, en términos historiográficos, una vocación científica, nomológica si se quiere, que los llevaba a buscar causas profundas que explicasen el decurso histórico. Todas ellas tomaban una distancia significativa del estudio del pasado en tanto que relato de lo visible y todos ellos buscaban claves profundas en la que los actores perdían toda capacidad explicativa, en tanto desaparecía no solo su conciencia de los fenómenos de los que eran protagonistas sino incluso su posibilidad de operar en los procesos desde su voluntad. Para ello extrajeron su arsenal teórico no solo entre los historiadores que tenían ambiciones similares, de Taine a Buckle, sino más allá, en las expansivas ciencias sociales o no. Esa búsqueda de leyes o de regularidades y esa vocación de establecer un diálogo, en especial con aquellas dos vertientes que encarnaban los nombres de Comte, por un lado, y de Spencer, por el otro, justifica, en parte, el rótulo que tantos les asignaron, “positivistas”. Ciertamente, no todos caben cómodamente en la definición pero, admitiendo una cierta imprecisión en el uso del término, debe consignarse que no les es impropio. “Científicos” o “positivistas” son así rótulos apropiados para designar sino sus resultados si su actitud ante el conocimiento del pasado aunque tampoco faltase aquí quién llegase a decir, melancólicamente, que “la verdad es un feliz accidente”.<sup>2</sup>

La fortuna posterior le fue esquiva a la mayoría de aquellos historiadores. Fueron condenados por extravagantes o, con un rótulo más neutral pero no menos crítico, por “ensayistas”. La “*Nueva Escuela Histórica*” marcó el camino de la toma de distancia (aún reconociendo algunas excepciones y algunos matices) y nuestro historiador mayor, Tulio Halperín Donghi, sin embargo un atento lector de ellos, puso la conclusión: sus resultados habían sido poco logrados y por ello no habían podido brindar modelos historiográficos para el porvenir de la disciplina. Se había tratado de

---

<sup>2</sup> Juan A. García, “La ciudad indiana”, en Id., **Obras Completas**, p. 287.

“Treinta años en busca de un rumbo”, el que sería finalmente hallado por la Nueva Escuela. Sin embargo, más allá de las críticas, lo que los envolvió fue la indiferencia o el olvido aunque, desde luego, pueden señalarse excepciones.

Así, el conjunto de ensayistas de principios de siglo dejó pocas secuelas en la historiografía sucesiva. Repropuestos al público de tanto en tanto, en ediciones de clásicos argentinos, generaron escasa curiosidad entre los historiadores profesionales convencidos de que sus obras tenían poco que ver con la historia en tanto disciplina metódica y rigurosa. Ese desinterés afectaba tanto a los resultados producidos como a las aperturas conceptuales y temáticas que muchos de ellos habían sugerido. Unas pocas excepciones, el Quesada de *“La época de Rosas”*, recuperado por la Nueva Escuela Histórica y más tarde por el revisionismo, el García de *“La ciudad indiana”*, citado ocasionalmente, José María Ramos Mejía, más rememorado por su prosa que por sus obras, Rodolfo Rivarola, evocado en tanto que politólogo pero no tanto como pensador de nuestro pasado, Lucas Ayarragaray encapsulado en ámbitos académicos a los que volcaba con el paso del tiempo una producción más clásicamente histórica y menos sociológica, signo de los cambios en las modas historiográficas (por ejemplo, su curiosa *“La Iglesia en América y la dominación española”* de 1920 apoyada en los archivos Vaticanos, defensa del papel del catolicismo en general y de los jesuitas en particular, por un no católico) son excepciones parciales que no alteran el cuadro general.

Sin embargo, el péndulo ha vuelto a girar en los últimos años y aquellos autores de principios de siglo han sido revisitados con interés por muchos estudiosos. En esa recuperación, que en los últimos tiempos ha adquirido en autores noveles además un tono valorativo no desprovisto de excesos, debe señalarse que un lugar fundamental le cupo a Oscar Terán. A partir de su seminal relectura de Ingenieros, el gran estudioso argentino recientemente desaparecido se orientó también a la indagación de otros coetáneos como Carlos Octavio Bunge, José María Ramos Mejía o Ernesto Quesada. Le debemos ser gratos por su capacidad de iluminación de rasgos y figuras de lo que prefería llamar la “cultura científica” finisecular.<sup>3</sup>

Entre esos estudiosos queremos detenernos aquí en uno de los que tuvo mejor fortuna posterior en los ámbitos académicos: Juan Álvarez (el otro es desde luego, José Ingenieros, aunque no en los ámbitos académicos sino en una larga estación de la cultura de izquierda argentina). Aunque la obra historiográfica de Álvarez fue indagada en forma fragmentaria en reiteradas ocasiones, no disponemos todavía de un estudio de conjunto.<sup>4</sup> Este breve trabajo tampoco aspira a brindarlo sino apenas a proponer algunas sugerencias adicionales para explorar algunos de sus libros mayores.

<sup>3</sup> Oscar Terán, **José Ingenieros: antiimperialismo y nación**, México, Siglo XXI, 1979, Id., **Positivismo y nación en la Argentina**, Buenos Aires, Puntosur, 1987 y, en especial, **Vida intelectual en el Buenos Aires de fin-de-siglo**, Buenos Aires, FCE, 2000.

<sup>4</sup> Rómulo Carbia, **Historia Crítica de la Historiografía Argentina**, La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 1940; Leoncio Gianello, “Labor historiográfica de Juan Álvarez”, en **Boletín de la Academia Nacional de la Historia**, Buenos Aires, Año 34, N° 28, 1967, pp. 536-564; Tulio Halperín Donghi, “Juan Álvarez, historiador”, en **Ensayos de historiografía**, Buenos Aires, Ediciones El Cielo por Asalto, 1996, pp. 67-71; Roberto Cortés Conde, “Estudio preliminar” en Juan Álvarez, **Las guerras civiles argentinas y el problema de Buenos Aires en la República**, Buenos Aires, Ed. Taurus, pp. 9-30 y Juan A. Bresciano, “Juan Álvarez: Aspectos teórico-metodológicos de su producción historiográfica”, 2005, mimeo.

## El surgimiento de un historiador en tiempos problemáticos

Antes de detenernos en el terreno historiográfico y en Juan Álvarez, es bueno recordar en que medida los primeros años del nuevo siglo XX, momento en el que el positivismo parecía llegar a su madurez, trajeron un clima diferente al que imperaba en las décadas precedentes, en tantos planos más generales. La percepción de una serie de problemas y amenazas, en especial la cuestión de la integración de los inmigrantes y la del orden social asediado o supuestamente asediado –por un doble movimiento diferente aunque complementario: el de los nuevos arribados exitosos que aspiraban a incorporarse a las elites y el de aquellos que en la base de la pirámide social aspiraban a que las promesas del mito americano se hiciesen realidad-, dieron lugar a un fortalecimiento de los motivos nacionalistas, de políticas represivas y, paralelamente y de modo más ambiguo, a políticas de reforma social. Por otra parte, entre la percepción de los problemas argentinos un lugar no menor lo ocupaba la cuestión de la crisis del régimen político, coincidente primero con el apogeo del roquismo y luego con su súbita desintegración. Problema éste último en el cual muchos creyeron ver la persistencia de antiguas cuestiones irresueltas provenientes de la época precedente o incluso de épocas más pretéritas, incluida la colonial, que requerían una explicación más profunda que su atribución a la responsabilidad de los hombres que conducían el destino argentino. Es que todo ese proceso coincidía tanto con aquella evolución del orden roquista como con el retorno al escenario político de muchos actores marginados por aquél y con ese terreno ambiguo de aperturas y clausuras que aquellas amenazas y estas fragmentaciones hacían posible.

En ese marco, en el contexto de un presente que aunque todavía dominado por importantes dosis de optimismo en relación con el largo plazo no dejaba de estar poblado en la coyuntura de incertidumbres, era inevitable que surgieran, a la vez, nuevas lecturas del pasado y nuevas ideas acerca de los usos que se le podía dar a ellas. El pasado servía como revelador de los males argentinos (o como pretexto para exponerlos) y proveía un diagnóstico, aunque las obras resultantes no eran ni aspiraban a ser una terapia. A lo sumo eran un modo de ilustrar a las mismas elites, que era el público conjetural, de los problemas y de la necesidad de responderlos. Asimismo, la relación entre aquellas amenazas y problemas y la reflexión sobre el pasado ciertamente puede ponerse en relación con un breve pero intenso ciclo de lecturas pesimistas en algunos casos interrelacionadas. Un punto de partida puede ser indicado en *“La ciudad indiana”* de García de 1900 y un punto de llegada en *“Del régimen federativo al unitario”* de Rodolfo Rivarola de 1908 y entre ambos se encuentran las obras de Carlos Octavio Bunge y Lucas Ayarragaray.

Las ambigüedades iban más allá de ello e involucraban al clima intelectual todo. El positivismo continuaba su marcha ascendente, empujado por un avance aparentemente indetenible de las ciencias en general y de las nuevas ciencias sociales en particular. Movimiento que llevó a Alejandro Korn a sugerir que ese ascenso era también un tránsito del positivismo al “cientificismo”. Sin embargo, paralelamente

emergían otros motivos que ponían en cuestión, al menos en las generaciones más jóvenes, aquella aparentemente sólida hegemonía. En el campo historiográfico debería observarse que si por un lado ello implicaba en muchos (ejemplos Quesada, Ingenieros o Carlos Octavio Bunge) una explícita y neta subordinación de la historia y los historiadores tradicionales al papel de meros cronistas proveedores de hechos para síntesis superiores construidas por otras ciencias, en especial la sociología, por el otro, la historia seguía siendo practicada por muchos en sus marcos tradicionales, sea en tanto que historia política, sea en tanto que debate en torno a los héroes. Si miramos a los primeros, la autoridad de Mitre o de López parecía decaer y la de Groussac no parecía suficiente para contrastar las nuevas tendencias. Si miramos a los segundos, un David Peña, un Carlos María Urien, un joven Dardo Corvalán, nos parece que las discusiones en torno a Rosas, Quiroga o Francisco Solano López, nos transportan nuevamente al siglo XIX historiográfico y a lo que fuera llamado, el culto de los descendientes. Por otra parte, incluso entre los positivistas no dejaban de existir itinerarios muy disímiles y si para algunos incluso parecía comprometido el reinado de los historiadores europeos de referencia, de Taine a Renán, ellos mismos superados por nuevas propuestas, para otros el camino era inverso. He ahí el ejemplo de José María Ramos Mejía quién desde la antropología criminal y la psicología de las multitudes recaía en la historiografía y en especial en la obra de Taine para brindar su trabajo mayor de 1907 sobre *“Rosas y su tiempo”*.

En esos contextos de incertidumbres emergía un joven estudioso, Juan Álvarez, cercano a los treinta años, quien iba a aparecer en el escenario con un notable estudio que a la vez que reafirmaba los principios básicos de eso que hemos llamado positivismo historiográfico ofrecía una contracara francamente optimista de aquellas lecturas negativas o perplejas a que antes aludimos. En 1909 culminaba una historia aparentemente regional, *“Ensayo sobre la historia de Santa Fe”* (publicada al año siguiente) que era mucho más que eso.<sup>5</sup>

Este rosarino por adopción (había nacido en Gualeguaychú), había hecho sus estudios secundarios en la Escuela Normal de Paraná (donde parece haber recibido el interés por la historia de su profesor Ramón Lassaga) y sus universitarios en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, en la que se recibirá en 1898 con una tesis acerca de los derechos de las provincias a percibir nuevos tributos, ya que a ellas correspondía todo lo no delegado expresamente por la constitución en tanto eran precedentes a la nación (*“El gobierno nacional no puede exonerar del pago de impuestos provinciales a las empresas industriales y comerciales”*). Como casi todos sus contemporáneos será mucho más un autodidacta, dado por ello a las combinaciones eclécticas que cualquier otra cosa. Difícilmente podía ser de otra manera vista la limitada profesionalización de los estudios académicos por entonces -aunque desde luego ella era mayor que la de aquellos de la generación precedente- y, en su caso, es razonable especular que su formación debía mucho más a las influencias familiares (en especial su padre, el jurista y publicista español, Serafín Álvarez).<sup>6</sup>

<sup>5</sup> Juan Álvarez, *Ensayo sobre la historia de Santa Fe*, Buenos Aires, Tip. E. Malena, 1910.

<sup>6</sup> Sobre distintas dimensiones intelectuales de los Álvarez: Elida Sonzogni y Gabriela Dalla Corte (comp.), *Intelectuales rosarinos entre dos siglos. Clemente, Serafín y Juan Álvarez. Identidad local y esfera pública*, Rosario, Prohistoria, 2000.

Profesionalmente Álvarez, como la mayoría de sus congéneres, también combinará múltiples actividades que iban del funcionario público a la actuación judicial, de la docencia al periodismo, aunque la jurídica fue su tarea principal. Así, tras comenzar como secretario del juzgado federal en Rosario (1902) fue designado juez federal en la misma ciudad en 1913. Este será el punto de partida de una larga y exitosa carrera judicial que culminará con su designación como Procurador General de la Nación (1935), cargo en el que permanecerá hasta ser removido -junto con cuatro de los cinco miembros de la Corte- en 1946 por el peronismo. Paralelamente desarrolló su actividad docente en el Colegio Nacional de Rosario y en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad del Litoral y tuvo un fugaz pero decisivo paso por la Intendencia de la ciudad de Rosario como secretario de la misma, en cuya condición fue el responsable de la realización del Tercer Censo Municipal (1910).

Su obra, una de las más acabadas de esta estación historiográfica, siempre ha sido vista como una interpretación económica de la historia argentina para la que una guía segura le proveía la obra de Thorold Rogers, del que luego hablaremos. Sin embargo, quizás esa imagen sea susceptible de una relectura. Antes que todo, su convicción positivista lo llevaba a plantearse en el "Ensayo" la pregunta fundamental de ese tipo de enfoque, la lucha de las personas por la subsistencia, mirada primordialmente como la relación entre el hombre y la naturaleza. Introducía así el espacio y la población como los dos factores base de su análisis antes que la lógica económica que, aunque también esencial, aparece en un segundo nivel con respecto a la primera. Con un importante acopio de información, que incluía documentos originales que había consultado en el Archivo de Indias en Sevilla, Álvarez indagaba las dificultades de los pobladores dispersos en territorios inmensos, sin vías de comunicación, acechados por los indígenas y por los factores naturales (desde el clima a las langostas) en más de tres siglos de historia del territorio santafesino. Por encima de esa historia de penurias e inseguridades era presentada la ausencia de cualquier posibilidad de progreso, entre otras cosas por la incuria del estado colonial español.

Brindaba así Álvarez otra imagen extremadamente negativa de la época colonial y del papel de España en ella y al hacerlo se colocaba en la estela de las otras lecturas antes aludidas aunque con una argumentación muy diferente. Para Álvarez, esa situación debería agravarse ulteriormente con la revolución que desorganizaría los pocos instrumentos existentes y colocaría a Santa Fe en el ojo de las tormentas de las guerras civiles. Una revolución que tenía para él muchos elementos inesperados y que era solo la voluntad, acicateada por las condiciones económicas, de una estrecha minoría. El resultado, la disgregación del año veinte, era visto por Álvarez de manera original. El autonomismo resultante (Estanislao López) no era producto de tradiciones jurídicas antiguas (como en Francisco Ramos Mejía), ni de las identidades locales, que no le interesaban y no le parecían tan importantes visto el estado cultural de las poblaciones, ni de ambiciones de mandones (como en Rivarola) sino apenas de la sensatez impulsada por la necesidad. Azotada Santa Fe por el permanente conflicto entre Buenos Aires y las provincias litorales (incluida la Banda Oriental), solo en el aislamiento podía encontrar la posibilidad de reorganizar mínimamente su economía y poner algún coto a las crecientes invasiones indígenas alentadas por el desvío de los

recursos humanos y militares hacia otros fines. En ese marco, el federalismo devenía en la única forma posible de subsistencia de las vidas y los bienes.

En su excursión en la historia de la Argentina independiente y en sus conflictos, Álvarez reposaba en una guía segura: Alberdi. Como él veía el centro de los problemas en el puerto, la lucha por los recursos de la aduana y la navegación de los ríos interiores. Su imagen del destino de la Argentina independiente tenía también, más allá de sus múltiples diferencias, algo de la mirada de Vicente Fidel López. He ahí esa revolución inesperada, gestionada por minorías cultas que se verían arruinadas por la misma revolución que habían desatado. He ahí un nuevo país que perdía con el cambio los pocos elementos civilizatorios heredados de la dominación colonial. La historia de Álvarez no es, sin embargo, una historia ni épica ni trágica. Los héroes y los grandes personajes no le interesan, tampoco extraer del pasado fábulas morales ni la defensa de ciertas tradiciones políticas. Sin juicios de valor, se adentra en el pasado desde la presunción de que los protagonistas del mismo, desde Artigas a Rosas pasando por los unitarios, apenas “hicieron lo que pudieron”, presos como estaban de férreas lógicas en las que predominaba el interés y la necesidad por sobre cualquier otra consideración.

Luego de Caseros, en Santa Fe (pero la historia de Álvarez es más, como sugerimos, una historia argentina vista y ejemplificada desde el caso santafesino) se abrieron lentamente los instrumentos del progreso. Ellos se hicieron incontenibles desde el 80. Se produjo, en sus palabras, un “cambio de sistema”. La derrota de los indios, que expandió la superficie cultivable; la inmigración que brindaba los brazos (siguiendo a García, Álvarez sostenía que solo los hombres daban valor a la tierra que sin ellos no tenía ninguno); el ferrocarril que acercaba los mercados; la construcción de los puertos; los capitales extranjeros que alentaban el crédito que expandía las actividades económicas; los cambios tecnológicos; la subdivisión de la tierra (imagen emergente del proceso de colonización santafesino que luego revería) y las condiciones del mercado internacional (los altos precios de los productos exportables), sostenían esa transformación inusitada. Remarcando donde debía ponerse el motor de esa transformaciones (en cambios que llamaríamos hoy estructurales y no en la voluntad de los hombres), Álvarez afirmaba que aún si no nos hubiésemos independizado de España esos cambios hubieran sobrevenido igual y el ejemplo de Cuba, le parecía bastante revelador. En cualquier caso, y en suma, nuevamente una imagen muy alberdiana del papel de las transformaciones históricas.

Ciertamente la política había dado su contribución y la principal de ellas era la paz trabajosamente alcanzada, elemento indispensable para el progreso. Aquí, es interesante comparar las miradas de Álvarez y Rivarola. El primero coincidía con el segundo en que 1853 era un pacto entre capitanejos y que el sistema legal estaba desacompañado con el país real. Ya en su tesis de doctorado, Álvarez había admitido que el unitarismo de hecho (resultado de la unificación producida por el ferrocarril) no le preocupaba, solo que si se quería seguir por esa vía había que cambiar la constitución. Sin embargo, Álvarez estaba mucho más dispuesto a admitir que ello no era tan relevante. Ante todo porque aquel pacto expresado en la constitución de 1853 había logrado finalmente garantizar la paz y ese era el bien máspreciado. Aunque fuese un mal institucional, se había revelado un mal necesario. Asimismo lo era, porque

consideraba que en el plano de las transformaciones económicas era donde se decidía el futuro argentino mucho más que en el de la política.

## **Del optimismo a la incertidumbre**

En 1914 Álvarez publicaba “*Las guerras civiles argentinas*”.<sup>7</sup> El libro constituía toda una novedad sea en relación con el panorama historiográfico argentino sea en relación con la producción precedente del autor. La primera diferencia con el “Ensayo” concierne al clima que domina en cada una de las obras. Mientras esta aparece dominada por un inmoderado optimismo, “*Las guerras civiles*” brindan un cuadro mucho más problemático y preocupado del devenir argentino. Dos motivos principales signan esa mudanza. El primero, como ha sido acertadamente apuntado, debe ponerse en relación con el ciclo de protestas agrarias abierto en 1912 con el Grito de Alcorta, cuyo impacto para alguien que observaba la situación desde Rosario era mucho más preocupante que para observadores dislocados en otros puntos del territorio. El segundo, era la evolución de la política argentina a partir de la sanción de la ley Sáenz Peña, en el mismo año. Y nuevamente aquí puede observarse que la primera derrota de los grupos conservadores bajo las nuevas reglas del juego tuvo lugar precisamente en la provincia de Santa Fe, en el mismo año de 1912.

El primero de los problemas, la crisis social, llevaba a Álvarez a redefinir el papel del historiador. Este devenía, a través del análisis del pasado, en un pronosticador de los conflictos futuros. Esos pronósticos debían alertar, no a los ciudadanos sino a sus clases dirigentes, de los nubarrones del porvenir y orientarlos a tomar aquellas medidas que permitieran evitarlos o atenuarlos. Ciertamente ese papel, no omnipotente, las previsiones no eran exactas e indicaban posibilidades no leyes inexorables, presuponía una imagen tendencialmente cíclica del devenir histórico y no en vano, para Álvarez, su tarea se asemejaba a la de un meteorólogo, observador del ciclo de la naturaleza, cuyos pronósticos indicaban grados de posibilidad no exactitudes. Asimismo, esos conflictos sugerían que el progreso argentino de las últimas décadas había sido menos lineal y exento de contrastes que lo que sugería su precedente *Historia de Santa Fe*. Dos cuestiones aparecían aquí, una interna y la otra externa. La primera era que a diferencia de la lectura precedente en la que el capitalismo venía a resolver los seculares males argentinos, era ahora el exceso de capitalismo de *laissez faire* el que generaba inequidades de las que derivaban tensiones y conflictos. La ausencia del estado en la regulación de las actividades económicas rurales (pero también de las cuestiones urbanas) daba como resultado numerosos problemas. Algunos de los mayores eran la falta de arraigo de los colonos en la tierra y las condiciones de vida, tanto en el campo como en la ciudad, emblemáticas en la precariedad de las viviendas. La ausencia de regulaciones por parte del estado perjudicaba a los débiles y beneficiaba a los fuertes. Favorecía la expansión de grandes latifundios, cuya contraparte eran arrendatarios y asalariados desprovistos de toda protección, condenados a una situación de precariedad

---

<sup>7</sup> Juan Álvarez, *Estudio sobre las guerras civiles argentinas*, Buenos Aires, Juan Roldán, 1914.



que evitaba el arraigo y con ello la estabilidad de sus comportamientos sociales. El segundo era externo –y aquí la perspicacia de Álvarez es notable-, la economía argentina era excesivamente dependiente de las oscilaciones de la economía internacional. El no tener la capacidad de fijar los precios de sus productos de exportación y ser dependiente de los capitales externos hacía que las crisis europeas se propagaran inmediatamente en la Argentina alterando cualquier previsión. Nuevamente aquí las devaluaciones de la moneda (motivo seguido largamente por los socialistas) descargaban el peso de las mismas sobre los asalariados.

Para resolver esas incertidumbres, Álvarez, conservador iluminado, imaginaba una mayor intervención del estado –y aquí la crítica se extendía, a la manera de García, a un instrumento juzgado tan inadecuado como el código civil de Vélez Sarsfield- ya que, en su lectura, los conflictos eran siempre, en el presente y en el pasado, resultado de una disfunción entre la ley y las necesidades sociales. Había que adecuar a aquellas para prevenir estas. También iba un poco más allá de una respuesta motivada por una idea de válvula de seguridad. Para Álvarez, un principio debía regir las sociedades y ese no era el puro beneficio sino la solidaridad social. Por ejemplo, el latifundio, podía ser eficaz productivamente pero no era sinónimo de democracia ni el camino para asegurar el progreso hacia formas superiores de civilización.

El segundo de los problemas era que, en ese clima incierto, la reforma política de Sáenz Peña le parecía a todas luces problemática. Desde luego, pensaba Álvarez, la nueva ley era una válvula de escape para las tensiones sociales pero el precio a pagar era elevado: entregar el país a mayorías incultas. Es que Álvarez compartía con los hombres de su generación una acentuada desconfianza hacia el sufragio universal, en tanto el mismo fuese concedido a poblaciones con bajo nivel de instrucción como eran las de la Argentina. Ello lo llevaba, en el último capítulo de su obra, a colocar ambos problemas juntos y a formular una severa crítica hacia la educación argentina, sea en cuanto a sus instrumentos que en cuanto a sus contenidos. Esta alentaba en los escolares la idea de la riqueza ilimitada del país con el resultado de que los problemas argentinos no podían tener otra causa que la ineptitud de los gobiernos. Asimismo, la educación se centraba erróneamente en el culto de los próceres y no en el de las instituciones. Como se ve, variaciones en estos puntos sobre temas de García y en el último también de Alberdi.

El diagnóstico de Álvarez de los males argentinos le servía para una completa relectura de la historia argentina. A la importancia otorgada a la geografía histórica y a la mirada alberdiana, presentes ya en el “Ensayo”, mediante la cual se buscaba explicar los conflictos desde la independencia como resultado sea de las tensiones entre las distintas regiones producto de la organización del espacio sea de las luchas económicas entre las regiones por el puerto y las rentas de la aduana, Álvarez agregaba nuevos motivos. Uno de ellos era en cuan gran medida el librecambio inaugurado en 1810 había generado consecuencias gravosas para la sociedad rioplatense. Una era el empeoramiento de las condiciones de vida de los gauchos como resultado de la valorización del principal producto de exportación (cuyos precios eran fijados por los consumidores del exterior), la carne que era su sustento. La tríada pan barato, carne y tierras para todos, se había roto con la independencia. Las montoneras eran así sinónimo de malestar social antes que político. Las guerras civiles, sus situaciones

cambiantes, eran así leídas como una tensión entre esa situación y la capacidad del estado central (es decir, Buenos Aires) de reprimirlas. Capacidad medida según sus recursos fiscales: es decir los ingresos de las rentas de la aduana.

En ese contexto, el proteccionismo rosista significaba una fórmula que posibilitaba un cierto equilibrio entre Buenos Aires y el interior (no así con el litoral visto el problema del puerto y de la navegación de los ríos). Es que para Álvarez otra de las consecuencias de las nuevas reglas económicas inauguradas luego de la independencia era que acentuaba el conflicto de intereses entre las regiones que emergían de la geografía. El equilibrio político se alcanzaba finalmente con aquel pacto entre regiones que era la constitución de 1853 que permitía una redistribución regional, desde los instrumentos de la política (en especial el senado) de los beneficios que obtenía la economía del litoral. No ocurría lo mismo con el equilibrio social, sujeto a nuevas conmociones una vez más ligadas a las condiciones económicas. En este caso, dependientes de aquellas situaciones externas: la volubilidad del precio de las exportaciones. Su impacto social era medido a través de las importaciones tomadas como un modo de aproximarse a la capacidad de consumo de los habitantes. En épocas de prosperidad las conmociones sociales no tenían éxito (revolución radical de 1905), en épocas de crisis (revolución radical de 1893) conseguían enorme adhesión.

La lectura de Álvarez devenía en este libro así más estrictamente económica (más allá de la introducción geográfica que lo abría) estableciendo una férrea correlación entre crisis económica y crisis social. Estas eran explicadas unilateralmente a partir de las primeras. Por supuesto que esta imagen tenía muchos precedentes posibles y formaba parte de un cierto sentido común imperante en tantos pensadores europeos y americanos. Entre ellos, un lugar importante lo ocupaban tantos observadores británicos del mundo abierto con la revolución industrial. La reflexión de Álvarez está en muchos puntos cercana a la de estos últimos, cuya preocupación era cómo regular un mundo en el que dominaban las puras reglas de mercado y el interés individual. Tomando un ejemplo, debe volverse la mirada nuevamente sobre Thorold Rogers a quién Álvarez había leído con atención. Varios de los temas propuestos por Álvarez aparecen presentados por aquel en su "*Sentido económico de la historia*".<sup>8</sup> He ahí por caso el tema del latifundio y el del arrendamiento en la historia de Inglaterra -en la cual la avidez de los propietarios hace que la renta suba mucho más rápidamente que los precios del grano, arruinando a los colonos, más aún cuando existía competencia entre estos para acceder a la tierra. He ahí también las reflexiones acerca de moneda y precios, en la que la adulteración sistemática de la primera por el estado lleva a la ruina de los trabajadores. He ahí también la necesidad por parte del estado de políticas de beneficencia que atenuasen la miseria, o la reflexión sobre los gastos del estado y su capacidad política. Más en general, lo que parece tomar Álvarez de Rogers, y seguramente de otros autores, es que el mundo abierto en Europa con la revolución industrial y en Argentina con la revolución de independencia, con su dominio del *laissez faire*, generaba desequilibrios sociales importantes y empeoraba las condiciones de muchos grupos sociales (de colonos o trabajadores) ante las cuales era necesario

---

<sup>8</sup> James Thorold Rogers, **Sentido económico de la historia**, Madrid, La España Moderna, 1905 (agradezco al profesor Manuel Fernández López que me facilitó un ejemplar de la obra).

implementar políticas que los atenuaran en beneficio de los derechos de una comunidad nacional superiores a los derechos de los individuos.

Cualquiera sea nuestra conformidad o nuestra discrepancia con la mirada de Álvarez la misma es visiblemente mucho más acorde con sensibilidades historiográficas posteriores que las que proveían sus coetáneos, quizás porque sus influencias intelectuales serán más perdurables que las que orientaban a otros experimentos de combinación entre la historia y otras ciencias, quizás por un fondo de sensatez que era muy suyo. Con todo, la novedad mayor de la propuesta de Álvarez, con relación a sus contemporáneos tanto como con relación al “Ensayo”, se encontraba en el terreno metodológico. Lo que Álvarez ofrecía era un enfoque serial cuantitativo que permitiera indagar las fluctuaciones económicas y desde las mismas explicar los fenómenos políticos. Esa operación requería de un minucioso trabajo empírico para construir las series y de una utilización, aunque no fuese extremadamente sofisticada, de estadística y de elementos conceptuales de economía y demografía. Acerca de la primera debe señalarse el papel de Álvarez como autor del Tercer Censo de Rosario. Persona concienzuda, había sido llevado a operar con datos agregados y formas clasificatorias y para ello a estudiar numerosos materiales estadísticos (y reflexiones sobre ellos) elaborados en otros contextos, sea para proponer comparaciones sea para formular su encuesta. Así cita allí, por ejemplo, desde el Congreso de Higiene y Demografía celebrado en París en 1900 a estudios sobre condiciones de vivienda en Berlín en 1885 a datos comparados de natalidad y mortalidad en ciudades europeas y norteamericanas de 1909.<sup>9</sup> Ciertamente también, la experiencia del censo debe haber contribuido para que Álvarez se formase una idea más matizada y plena de claroscuros del progreso argentino mirado en sus realidades urbanas.

Más allá de la experiencia del censo, las lecturas de Álvarez con relación a la problemática de las crisis y de los ciclos económicos es bastante enigmática. Ciertamente enfoques de historia económica cuantitativa existían en dos autores conocidos por Álvarez: Rogers, cuya obra mayor (entre otras dedicadas a la historia del trabajo y a la historia de los primeros años del Banco de Inglaterra) era una monumental, aunque poco sofisticada metodológicamente, historia de la agricultura y de los precios en general en Inglaterra del siglo XIII al XVIII, y Georges D’Avenel, autor de otra obra que no lo era menos ya que abarcaba precios de todo tipo (desde agrarios a de la propiedad) y salarios en Francia del 1200 al 1800.<sup>10</sup> En especial en éste último abundaban, al igual que en Álvarez, las correlaciones entre la marcha de la economía así medida y la política. Más incierta pero no muy improbable es, en cambio, la relación de Álvarez con pensadores decimonónicos precursores del análisis del ciclo económico como Juglar o Jevons. Al menos en un artículo posterior, de fines de la década de 1920, demostró estar muy al tanto del ciclo decenal de los negocios, en especial de los trabajos del llamado barómetro de Harvard y de la obra del economista

<sup>9</sup> **Tercer Censo Municipal del Rosario de Santa Fe**, Rosario, Talleres de la República, 1910.

<sup>10</sup> James Thorold Rogers, **History of Agriculture and Prices in England from the year after the Oxford parliament (1259) to the commencement of the continental war (1793)**, Oxford, Clarendon Press, 1886-1902, 7 v.; y Georges D’Avenel, **Histoire économique de la propriété, des salaires, des denrées et de tous les prix en général depuis l’an 1200 jusqu’en l’an 1800**, Paris, Impr. Nationale, 1894-1898, 4 vol. (acerca de cuyos problemas metodológicos llamaron la atención Lucien Febvre y Ernest Labrousse).

ruso Kondratieff, teórico del ciclo largo.<sup>11</sup> En cualquier caso, lo interesante de la aproximación de Álvarez, es el tipo de operación propuesta, más allá de la eficacia técnica y aún interpretativa de su construcción o de la ausencia de prevenciones que lo llevaban a cierto unilateral mecanicismo causal: historia económica serial e historia social y política. Es decir el mismo tipo de operación que en Francia sugeriría Simiand y desarrollaría luego Labrousse.

## De la incertidumbre al pesimismo

Álvarez, de larga vida académica posterior, produjo otras obras que aunque interesantes carecían ya del impulso innovador y del ingenio de sus dos primeros libros. Así ocurría, por ejemplo, con su libro de 1918 sobre el análisis de los males argentinos centrados en su macrocefalia -las dimensiones enormes de Buenos Aires que absorbían energías que deberían ser redistribuidas desde el poder político-, tema en el que afrontaba con distintas soluciones los mismos problemas que habían llamado antes la atención de Rivarola. Asimismo, siguió publicando artículos de historia económica, en especial sobre cuestiones monetarias y precios, varios de los cuales fueron reunidos por la Junta de Historia y Numismática en el volumen aludido de 1929. Un año antes, en una conferencia dictada en la misma entidad titulada “El factor individual en la historia”, aunque mantenía la crítica hacia aquella forma de hacer historia centrada en los grandes hombres y que se subsumía en la biografía, ahora tomaba distancia también de los excesos en los que aquella generación que integraba habría incurrido, sea al suprimir a los individuos del análisis histórico, sea al dar una interpretación demasiado centrada en los factores materiales económicos.<sup>12</sup> Era un signo de los nuevos tiempos historiográficos a los que buscaba adaptarse. Es necesario, por otra parte, recordar que ya por entonces reinaba indisputada la “Nueva Escuela Histórica” y que algunos de sus ámbitos institucionales, como la Junta de Historia y Numismática, que Juan Álvarez integraba, avanzaban arrolladoramente bajo la égida de Ricardo Levene cuyas aproximaciones a la historia económica, tan ricas de materiales empíricos como pobres conceptualmente, son tan diferentes de las de Álvarez.

A comienzos de la década del cuarenta (1943) Juan Álvarez publicó su última obra mayor, una “*Historia de Rosario*” que abarcaba un largísimo período: 1869-1939. En un tono de apasionada defensa de “su” ciudad reaparecen aquí muchas de sus virtudes como historiador: su atención a las formas de organización del espacio, su interés por los problemas económicos y demográficos, así como miradas a menudo perspicaces sobre la sociedad, la cultura y la política. Ciertamente, muchos de los problemas que explora habían sido ya indagados o al menos planteados en sus libros precedentes, desde el “Ensayo” de 1909 a “El problema de Buenos Aires” de 1918. Ciertamente también Álvarez se mantenía firme en sus convicciones: la oposición entre

---

<sup>11</sup> “Series de Precios y su utilización”, incluido en Juan Álvarez, **Temas de Historia Económica Argentina**, Buenos Aires, El Ateneo, 1929, pp. 190-191.

<sup>12</sup> Juan Álvarez, “El factor individual en la historia”, **Boletín de la Junta de Historia y Numismática**, vol V, 1928, pp 137-146.

un siglo y medio de estancamiento y medio siglo de progreso, la importancia de la libre navegación de los ríos y la consecuente apertura económica al exterior y la de la inmigración como factores esenciales del progreso, el papel de la ley como instrumento esencial del estado para armonizar intereses y corregir desequilibrios, la significación del trabajo y de la educación como factores que habían hecho la prosperidad de Rosario y de la Argentina en el período posterior a Caseros. Sin embargo, el libro tiene ahora un tono pesimista, envuelto en un estilo irónico, que contrasta con el de los anteriores. En él, como en otros intelectuales de su tiempo, podemos encontrar ese tránsito del reformismo de los tiempos del Centenario a un conservadurismo con vetas decadentistas bien visible en los años treinta. Nuevos nubarrones generan aprehensiones en Álvarez: entre ellos, la cuestión social en Argentina y en el mundo y la que considera incuria de los gobiernos argentinos (a comenzar por el de Yrigoyen) ante ella, la a su juicio perniciosa reforma universitaria que degradaba la vida académica y una cierta vulgarización del gusto. A su modo, el problema de la construcción de un orden social devenía prioritario y en la más rústica versión santafesina de Juan Pablo López (“ni naides es menos nada, ni nadas es menos naides”) reaparecía para él uno de los problemas argentinos. Más allá de ello encontraba una clase gobernante que casi nunca estaba a la altura de las circunstancias y a la que impugnaba, por ejemplo, el tornasol del retrato bello y cálido que le dedicaba a Lisandro de la Torre y a su fracaso.

En buena medida la obra recuerda a la de su profesor al que apreciaba, Juan Agustín García, en especial a *“Sobre nuestra incultura”* en cuya estela puede colocarse, aunque dos diferencias los separen: ahí donde éste había sido casi siempre incapaz (incluso en sus escritos tempranos) de ir mucho más allá de plantear inteligentemente problemas a los que luego no les dedicaba el tiempo necesario para profundizarlos, Álvarez seguía dispuesto a dedicar muchas horas de su tiempo a los efectos de reconstruir con una evidencia empírica abundante y a menudo sorprendente, los hechos que sustentaban sus lecturas. Allí donde García parecía creer que solo un retorno a una educación humanista podía ser una hipotética solución a los males argentinos, Álvarez seguía sosteniendo que el principal instrumento a través del cual la Argentina podía construir un más rico porvenir, era aquella virtud que tanto asignaba a sus coterráneos de adopción, el amor al trabajo, que era también su divisa y he ahí, la segunda diferencia.